Apología— Robert Barclay — 479

Conclusión de la obra

LA CONCLUSIÓN

Honesto lector, si en el temor de Dios te aplicas a considerar el sistema de religión aquí descrito, con su solidez y armonía, tanto en sí mismo como con las Escrituras de Verdad, no dudo que estarás de acuerdo conmigo y con muchos más, y dirás que éste es el día espiritual de la manifestación de Cristo, día en que Él está revelando una vez más las antiguas sendas de Verdad y rectitud. Aquí puedes observar la religión cristiana verdaderamente establecida y vindicada en todas sus partes: viva, interna, espiritual, pura y substancial. No es mera forma, ni apariencia, ni sombra, ni noción, ni opinión, como lo ha sostenido muchísima gente que carece, según sus frutos lo declaran, de la virtud* de Aquél cuyo nombre llevan. Y muchos de ellos están tan enamorados[1] de sus vacías formas y sombras que siempre nos calumnian porque nosotros les encomendamos la sustancia, y les llamamos a ella, como si con esto negásemos o desatendiésemos la verdadera forma y parte exterior de la cristiandad. Y Dios, el escudriñador de corazones, sabe que esto es una muy grande calumnia.

Hemos exhortado con tesón a la gente a volverse* y a sentir a Dios palpándolo cerca y en sí mismos, y hemos dicho que no sacarán provecho de sus conceptos de Dios más allá de las nubes, si no lo sienten cerca. Por decir eso ellos han procurado inferir maliciosamente que negamos a Dios, excepto aquél que existe dentro de nosotros.

Porque les decimos que la Luz y la Ley interna, y no la letra externa, es lo que puede verdaderamente enseñarles* su condición, y sacarlos de todo mal, ellos dicen que

[1] Latín: *adhærent*, "están apegados".

vilipendiamos las Escrituras, y que elevamos nuestras propias imaginaciones sobre ellas.

Les decimos que no es su hablar ni su creer sobre la vida exterior, sufrimientos, muerte y resurrección de Cristo lo que les traerá provecho, o los justificará en los ojos de Dios, no más que los gritos de los judíos clamando "el templo del Señor, el templo del Señor."[2] Les decimos que, por el contrario, tienen que reconocer que Cristo dentro de sí mismos, a quien ellos han crucificado, ha resucitado, y los justifica y los redime de sus iniquidades: Por eso dicen que negamos la vida, muerte y sufrimientos de Cristo, la justificación por su sangre, y la remisión de los pecados por medio de Él.

Mientras ellos disputan y definen la resurrección, nosotros les decimos que tienen más necesidad de conocer que el Justo que asesinaron ha resucitado en sí mismos,[3] y más necesidad de saber con certidumbre que son partícipes de la primera resurrección; y que si esto se cumple, serán más capaces de juzgar de la segunda. Y por eso dicen que negamos la resurrección del cuerpo.

Por último,* cuando los oímos hablar neciamente del cielo y del infierno y del último juicio, los exhortamos a salir del estado infernal en que están, y a llegar ante el juicio de Cristo en sus propios corazones,[4] y a creer en la Luz, y seguirla, a fin de que lleguen a sentarse[5] en los lugares celestiales que están en Jesucristo. Por eso, dicen maliciosamente que negamos la existencia del cielo y del infierno, excepto lo que hay dentro de nosotros, y que negamos el juicio universal o final*.

---

[2] Jeremías 7:4.

[3] Latín: *ut justum, quem in se occiderunt, suscitatum cognoscant,* "conocer al Justo, que asesinaron en sí mismos, resucitado."

[4] Latín: *ad judicium veritatis in cordibus suis veniant*, "y a llegar al juicio de la verdad en sus propios corazones."

[5] Latín: *ut en hac vitâ sedeant in cælestibus locis*, "a sentarse en esta vida en los lugares celestiales."

El Señor sabe que estas calumnias se asestan vilmente contra nosotros, a quienes Dios ha levantado y juntado con el propósito de utilizarnos para confundir la sabiduría de los sabios, y anonadar el entendimiento de los prudentes,[6] y derrumbar[7] aquella imagen muerta, tenebrosa y corrupta, mera sombra y cáscara de la cristiandad, con lo que el Anticristo ha engañado a las naciones. Para lograr todo eso sólo* por su propio espíritu y poder, Dios utiliza a nuestro pueblo despreciado para que ninguna carne se glorie en su presencia. Para este fin Él nos ha llamado a ser primicia de aquellos que le sirven y le adoran, ya no según la antigüedad de la letra sino en la novedad del Espíritu.

Y aunque seamos pocos en comparación con los demás, y débiles en cuanto a la fuerza externa que nosotros totalmente rechazamos, y necios en comparación con los sabios de este mundo; aún así, y a pesar de mucha oposición, Dios nos ha prosperado, y seguirá haciéndolo.[8] Por eso, esta pequeña chispa que ha aparecido no podrá ser apagada ni por el arte, ni la sabiduría, ni la violencia de hombres ni demonios, sino que crecerá hasta consumir cualquier cosa que se levante para oponérsele. La boca del Señor lo ha dicho: Sin duda, Él, quien se ha levantado en un pequeño remanente, se levantará y procederá mediante el mismo brazo de poder de su revelación espiritual, hasta que haya conquistado a todos sus enemigos, hasta que los reinos de este mundo vengan a ser el reino de Cristo Jesús.

A Él que ha empezado esta obra, no entre ricos ni grandes, sino entre pobres y pequeños, y no lo ha revelado ni a sabios ni eruditos, sino a los pobres, a los niños, y a los que maman; a Él mismo, el Único Sabio y Omnipotente DIOS,

---

[6] 1 Corintios 1:19.

[7] Latín: *exueret, everteret & destrueret,* "desnudar, trastocar, y destruir."

[8] Latín: *pro nobis stetit Deus, & adhuc stabit*, "Dios ha estado firme por nosotros, y así estará en el futuro."

sea honor, gloria, acción de gracias y renombre, desde ahora y para siempre. *Amén. Alelu-YAH*.[9]

Fuentes: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, La Conclusión (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 479-480 y Roberti Barclaii, *Teologiæ verè Christianæ apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 372-374.

[9] Barclay cambia la ortografía para destacar el origen de la palabra aleluya, del hebreo *hallelu yah*, "alabad a Dios."